

El trasmisor de mensajes

Túve mi primér contacto con úno de los máximos representántes de ésta honoráble y ahóra desaparecída manéra de establecér comunicaciónes a úna símples casualidád.

Siéndo muy pequéño entré en la habitaci3n de mi pádre pára pedirle álgo, y él, de espáldas y sin sabér que éra yo, díjo que éra muy importánte que recordásemos a t3da la familiá que estában invitádos el juéves a la céna anuál y que por úna vez fuésen puntuáles.

Recuérdo que a pesár de mi córta edád y viéndo que mi mádre no estába en cása, fuí visitándo a t3dos los familiáres que vivían cércas, explicándoles los deséos de mi pádre, los múchos preparátivos que en cása había yo vísto y sóbre t3do la importáncia de la puntualidád. Al más lejáno le pedí por favór que informáse a ótro familiár que ya vivía demasiádo léjos pára hacérlo yo, y a cáda úno le rogué que el día ántes recordásen a t3dos los demás la gran céna.

Ése juéves tódo el mún-do se presentó tan prón-to, que mis pá-dres se enteráron entón-ces de que había sí-do yo, el que lo había organizá-do y con tan buén resultá-do. El orgúl-lo de mis pá-dres y los cumplí-dos de mis familiá-res llenáron la velá-da.

* * *

Tántas vé-ces repitiéron la histó-ria en los siguién-tes días a los amí-gos y clién-tes, que mi capacidá-d pá-ra hacér é-sa labór llegó a oí-dos de un famó-so trasmisór de mensá-jes.

Al trasmisór como vié-jo conocí-do de mi pá-dre que é-ra, le fué muy fácil conseguír que algú-nos días yo le acompaña-ra.

Mi pá-dre lo debió aceptár porque debía tenér más relació-n con él, de la que a sí-mple ví-s-ta parecía, tal vez algú-n secré-to o que creía que con él yo aprendería el ár-te de la ví-da.

* * *

Nún-ca pensé que el primér mensá-je que llevá-mos jú-n-tos fuése tan diferén-te a lo que yo había esperá-do y que marcó mi ví-da pá-ra siém-pre.

Fuí-mos a ú-na cá-sa de aspé-cto humíl-de; un hó-m-bre impedí-do y con dificultá-des pá-ra hablár nos

recibió en su cáma, le entregó un papél escrito, balbuceó algo que yo no púde entender y abandonámos la viviénda.

Sin guardár el papél que de cuando en cuando releía nos acercámos a la Hospicio, preguntó por úna habitación y al entrár me indicó que me quedáse en la puérta.

Acercó úna sílla al ládo de la cáma de un anciano postrádo, púso su máno sóbre la de él, se acercó a su oído y comenzó a susurrár.

Deslizándose, la ótra máno salió de éntre las sábanas, cubrió la máno del mensajéro y se púso a llorár.

Leí el mensáje que había dejádo sóbre la cáma, «Díle que le quíero, le necesíto y que daría mi vída por poderlo abrazár»

Esperé un buén ráto y como no púde evitar el llorár, me fuí.

* * *

Y así, con múchas salidas escalonádas en el tiémpo duránte mi infáncia y juventúd y hásta cuándo trabajába en la tiénda de mi pádre, de él

aprendí la filosofía de su oficio, sus reglas básicas que en realidad eran pocas, pero los sistemas para conseguir un buen resultado eran miles y muy sutiles.

—Mi oficio me comentó con tono muy ceremonioso el siguiente día que nos vimos, es recibir un mensaje y pasarlo tal cual lo has recibido, o sea, que lo que quiere decir el que lo envía sea entendido así por el que lo recibe. Sin que tú trates de interpretarlo, mejorarlo o pulirlo nada de lo que el que lo envía desee decir, ni presentarlo al receptor el mensaje filtrado por ti, para así hacer más fácil la aceptación o rechazo por el que lo recibe.

—Repitiendo con exactitud las palabras le comenté yo cómo algo muy normal.

Me arrepentí al instante de haberlo dicho, ya que estaba claro que no era así.

—Sobre todo nunca o casi nunca con las mismas palabras.

El que te explica lo que quiere, usa palabras, gestos, movimientos y complicidad de acuerdo a su nivel de cultura, a veces puede tardar horas en

hacér entendér el mensáje, a véces con un minúto básta, no te será siémpre fácil el trasmitír con exactitúd lo deseádo con las mismas palábras, tiémpos y géstos a ótra persóna a véces de diferénte séxo, edád y conocimiéntos.

Recordarás que tu pádre dió un mensáje a llevár usándo ciértas palábras y tu pasáste con precisión el sentido de lo que él quería a múchas persónas, péro estóy seguro que en cáda cáso usáste palábras y tónos diferéntes y hásta encargáste a ótro familiár pára que así lo hiciése por ti... muy diferénte a cómo lo díjo tu pádre péro el mensáje y sentido fué pasádo con exactitúd.

* * *

Recuérdo su rectitúd, su caríño en escuchár a véces sin ser necesário tódos los detálles del mensáje. Désde su origen, sus motivos, razones y a véces pára mi desespéro las características según el remiténte de la personalidad del receptor.

Úna vez lloró al oír el mensáje que debía llevár.

Núnca tomó úna nóta y núnca súpelo que cobrába ya que siémpre le dában algo en un papél envuélto. Por el volumen del papél, debía ser muy póco y juzgádo por la economía de algunas de las

persónas que visitábamos, dúdo que de éso
pudiése vivír.

Podría decír que éra un filósofo de la condición
humána y que de ésa filosofía se alimentába.

* * *

A pesár de lo flexible que éra había cósas que
núncia hacía. Al llevár un mensáje núncia aceptába
respuésta inmediáta, la cual siémpre según él,
sería precipitáda y si había respuésta siémpre
decía... pasaré a recogér-la a partír de mañána
cuando usted háya tenído tiémpo de medítarla y
con ésta entréga y su respuésta, mi labór en
relación a éste mensáje daré por termináda.

Núncia aceptába propínas ni cobrába náda de
los que recibían el mensáje. Algúna vez, algúien al
recibír úno intentó dárle algo, péro él lo rechazó,
debía ser ya costúmbre antigúa el hacérlo así.

Un día me díjo: el que me píde que lléve un
mensáje lo háce sabiéndo que píde un servício y
pága por él, en cámbio no quiéro que el que lo
recíba no lo acepté por si tuviése que pagár, o que
en ése mométo no tuviése el dinéro o lo
consideráse úna imposición y que por éllo tuviése

úna mála acogída y al cobrár un momento desagradáble.

Y al contráριο las visítas en bróma las dividía en dos: las que le invitában a úna bebída, —adorába el chocoláte— y a las que no.

Úna vez pára gran vergüenza mía, hásta lo pidió él mismo, al salír se disculpó conmigo por la fálta de tácto. Añadiéndo socarrónamente que lo hacía pára así amistósamente cerrár mejór la «operación»... la gramática párdá la sabía tóda.

El pasár el río en inviérno le molestába y ésas visítas éran muy recortádas.

Cuando el mensáje éra muy complicádo y hacía buén tiémpo, quedába en algún sitio agradable pára désde allí, paseándo, escuchár o entregár el mensáje.

Le encantába esperár la hóra exácta y llamár a la puérta jústo a la hóra acordáda, mirándo frecuéentemente su gastádo relój de bólsillo, pára relacionár la visíta a su exactitúd y profesionalidád.

* * *

Siémpre entenderé que úna persóna que no sábe leér o escribír o de muy bája cultúra pidiése sus servícios, o que por la diferéncia de conocimiéntos o economía éntre remiténte y receptór fuése más fácil el que hubiése un intermediáριο y utilizáse su ofício. Péro me es difícil entendér como, persónas de cultúra, habituádas a tratár con géntes lo llamásen, péro lo hacían.

Ótros... impresión própia, quedában descansádos y liberádos de un gran péso con sólo enviár el mensáje, como si con éllo ya hubiésen cumplído el propósito deseádo, con independéncia de la aceptación o no por páрте del receptór. Álgo así como un... «Qué sépas que ya te lo he dícho, ahóra ya es asunto túyo».

En éstos cásos algúnos de los remiténtes, solicitában que no hubiése contestación, pára de ésta manéra no tenér que enterárse de úna respuésta negativa.

* * *

Las visítas en las que él más disfrutába éran las que la diferéncia de cultúra o economía éra abismál y que requerían su máxima atención.

A mí lo que más me gustaba eran los mensajes sin remitente, que eran aquellos en que el receptor recibía el mensaje pero no debía saber el remitente y por supuesto no se esperaba respuesta o él nunca la aceptó. El propósito de estos mensajes eran sólo para que el destinatario se enterara de algo, por ejemplo, que su mujer o marido se la jugaba con alguien.

Éstos mensajes le parecían una cobardía y a él no le gustaban, pero... no siempre puedes seleccionar los mensajes me decía, no es nuestra labor el juzgar sino transmitir.

En estos casos siempre avisaba que el mensaje no tenía remitente, permitiendo así antes de entregarlo, que lo pudiesen rechazar, la mayoría así lo hacía. Con lo cual, como de estos mensajes no volvía a informarle al que lo enviaba, pues éste nunca sabía con seguridad si el destinatario se había enterado; justo final a tanta cobardía.

* * *

Un Imán, rogándonos la máxima discreción, nos pidió llevar una mensaje a una joven, que todos conocíamos por su belleza y juventud.

—Dígale: nos díjo, que se ha cometido un grave pecado del cual deben hablar.

Quedámos muy sorprendidos del misterio del encargo y a pesar de la insistencia del mensajero, no pudimos obtener más detalles.

Entregámos el mensaje a la muy sorprendida jóven y nos pidió que volviésemos al día siguiente cuando hubiése tenido tiempo de reflexionár.

La desconcertada jóven del día anterior nos recibió en la puérta y en la puérta con una gran sonrisa nos despidió.

—Decídle que del pecado que cometimos, lo mejor es no hablar, y es mi deseo no repetirlo.

Nos alejámos y al doblár la esquina no pudimos más, nos apoyámos el úno al ótro pára no caer de la rísa. Lo que el Imán quería, no éra hablar, sino ótra oportunidad pára volver a pecár.

Sólo en pensár en la cára que pondría al recibír la respuésta no nos dejába ni respirár.

* * *

Como ése día, éra un día importánte pára mí, ya que había recibído mi primér suéldo por trabajár fíjo en la tiénda de mi pádre, invité al mensajéro a comér algo en el mercádo.

Al ver que le pedía un chocoláte muy especiál y además con deliciósos dólces, me preguntó sonriéndo:

—¿Quiéres acáso que te lléve un mensáje?

Me sonrojé, me estába leyéndo la ménte péro no, en éste cáso no éra éso.

De tódas manéras cuántas véces pensé que yo mismo podría usár sus serviciós, cuántas véces dejé de decír algo a alguién o algo que díje no se interpretó bién o sentí múcho el habérlo dícho y no deshíce el entuérto.

O de mis amistádes perdídas o abandonádas por símples peréza de reiniciár la relación o por cobardía en pedír discúlpas o perdón. Con lo fácil que sería si alguién con discreción lo hiciése por nosótro, que comenzáse de nuévo la relación, que encauzáse o supiése algo en común o que ayudáse a entablár ótra vez ésa amistad malográda.

¡Qué cantidad de momentos agradables
pasámos juntos, cuánto aprendí con él!

* * *

Gran parte del éxito de los mensajes entregados de ésta forma, era que al haber una explicación previa al mensajero, la solicitud o el motivo del mensaje se moderaba, precisaba y clarificaba por parte del remitente y el que lo recibía después de pensarlo, tendía a otorgar un poco más de lo que en otra situación hubiese aceptado. Además, el que existiese un testigo neutral daba una cierta legalidad.

Comprobé esto una vez: el que nos había llamado para enviar un mensaje, al tratar y no poderlo explicar, comprendió que lo que quería pedir no era apropiado y poniéndose colorado nos pidió disculpas por la pérdida de nuestro tiempo.

Así el asunto había quedado bien resuelto, antes de comenzar.

En otros casos el que recibía el mensaje y accedía (a regañadientes) a algo que pedía el que lo enviaba, para salvar la cara, a veces nos decía:

—¡Y decídle que lo he hécho por vosótro!

Aun en el caso de no aceptár la solicitúd, ni dar respuésta, el sólo hécho de ser informádo de ése probléma o necesidad, dába pié a lograr algo positivo. A véces, el probléma radicába en que el receptor ni estába enterádo del asunto y al saber de él y casi sin háblar, el téma podía quedar olvidádo, perdonádo, arregládo o al ménos disminuído.

El reiniciár úna relación abandonáda que se quería reanudár, éra cámpo ideál pára el mensajéro. Líos de familia o éntre familias, heréncias, éste éra el cámpo perfécto pára su labór.

* * *

Un día, cuándo le recordé mi inicio como símples «ayudánte de mensajéro» por el encárgo de mi pádre, dió pié a que él me contáse el súyo:

—Yo fuí cartéro, luégo un mensajéro casi oficiál... y en algún caso hásta del Sultán...

Úna mañána úna amíga me comentó lo mal que lo estába pasádo al haber recibído úna cárta, la cual no podía entender bién, por su escritúra

difícil y sentido poco claro, pero que era de una treménda importancia. Me dijo que si se lo hubiesen dicho de palabra, explicándole en persona el problema, seguro que habría quedado mucho más claro y solucionado. Como esa carta necesitaba respuesta... se me abrieron los ojos y ante mi propio asombro... acepté llevarle la respuesta no como cartero sino de viva voz.

Como esa amiga y el receptor quedaron tan contentos y agradecidos del resultado y liberados del problema, lo fueron contando a todas sus amistades y unos porque necesitaban un servicio así, otros por la novedad y los que más: simplemente por ver el resultado o quizás por curiosidad, lo cierto fue que me lloviéron los encargos.

Dejé mi trabajo oficial y me dediqué de lleno a este oficio del cual vivo, disfruté y que me llena la vida tanto de la riqueza como de la miseria humana. Tengo tantos tesoros secretos dentro de mí, que me considero el hombre más rico de la tierra.

* * *

Uno de los mensajes que llevamos que no fue habitual, me dejó un amargo sabor de soledad. Un

juéz le pidió llevár un mensáje a un préso, a quien con duréza, péro en conciéncia y honestidád había sentenciádo como culpáble a la péna de muérte a pesár de que el réo asegurába su inocéncia.

—Deséo que le preguntéis, el juéz nos pidió, désde éste cláro anonimáto y ya sin valór legál ¿si es en verdád inocénte?

El préso nos pidió que volviésemos en únos días pára llevár la respuésta.

Nos dió un líbro... y no nos díjo o pidió náda más.

Vímos que el autór éra el juéz que se lo dedicába con palábras que mostrában úna muy vieja y profúnda amistád.

* * *

El mensajéro no tenía amígos y al parecér no aceptába invitaciónes, no sé si también como la costúmbre del sóbre tódo éra páрте de un acuérdo o tal vez pára mantenér la neutralidád.

Por la cálle éra como si no lo conociésen, rára vez recibía un salúdo.

Por la cantidad de secretos que el mensajero sabía, se podía pensar que la gente le temiese, no era así. Pero eso sí, le mostraban una gran indiferencia... casi, casi como si él no existiese, como si fuese invisible.

—No me atrevo a expresarlo, el mensajero me decía, sólo me ven, cuando me necesitan.

* * *

El reconocimiento «oficial» de su trabajo lo recibió sin esperarlo cuando una mujer le pidió que llevase un mensaje al Sultán, ya que en unos días pasaría por la región. Su primera reacción fue la de no aceptar entregar el mensaje por la dificultad de acercarse a él.

El éxito del mensaje enviado por esta mujer, «madre de un soldado muerto hacía poco en combate» y del mismo nombre que el Sultán, no lo fue, por haber logrado que el mensajero se lo entregase en persona y de viva voz, ni por haber vuelto al día siguiente a por la respuesta solicitada por el Sultán, pero quien al final pidió dársela en persona, y ni siquiera, según algunos presentes porque el Sultán había llorado al abrazarla.

El impácto que creó en la región fué, por increíble que parézca: que núnca se súpo cuál fué el mensáje que la mádre envió ni cuál fué la respuésta del Sultán: ésto, a pesár del inménso interés que ésta correspondéncia había creádo y el caríño que ésa mádre en tóda la región había generádo. El secréto quedó muy bién guardádo.

* * *

El mensajéro murió y yo, su humílde ayudánte continuába trabajádo en la tiénda de mi pádre, (lo de mensajéro lo dígo yo), ya que a él ése nómbre no le gustába, prefería el de... trasmisór de mensájes, lo de emisário le parecía muy pompóso y lo de ser un corréo tampóco, ya que éra como si él no aportáse náda.

Yo, como única persóna relacionáda que se le conocía, la policía me rogó que les acompañáse a su cása. Úna múda, média docéna de líbros, jabón y ótros utensílios éran tódas sus pertenéncias. Sóbre su mesíta de nóche, el relój de bolsíllo. Híce un gésto al policía pidiéndo si podía quedárme con él.

Al salír, el policía me comentó que el mensajéro tenía tan póco, que podría haberse llevádo a la tumba tódas sus pertenéncias. En

cámbio pensé yo, lo que él en experiéncias me ha dejádo, me ha llenádo la vída.

* * *

A pesár de que su salud ya éra muy frágil núnca me habló de heredár su ofício, si bién por el caríño y la dedicación que ponía al enseñármelo parecía que sí. Algúna vez me pregunté, por qué quería que lo acompañasé, si no éra pára pasárme su trabájo, ¿soledád, deséos de compañía, álguien con quien conversár?

Buéno, sólo me habló de muérte cuando me hizo un comentáριο sóbre la génte que le informába sóbre un fallecimiénto. Si me avisan me siénto obligádo a asistir a los entiérros me decía y no me gústan. Lo curióso es que la génte que me avisa de las málas notícias núnca me avisa de las buénas y éellos ya sáben que no llévo mensájes de muérte, ¿a qué se débe que los amígos... y no los próprios familiáres téngan tánto interés en informárnos de úna?

* * *

Núnca pregunté a nádie sóbre el mensajéro. Núnca pedí que me contásen cósas sóbre él. Me parecía que le traicionába y que debía dejár que fuése él, el que me informáse de su vída ¡péro cómo deseába

saber más! Ése gotéo s6bre las historias de su oficio era uno de los placeres de mi vida y que el con gran habilidad me dosificaba. Si alguien sabiendo mi amistad con el, me contaba algo no se lo impedía... ¡qu6 va!, pero tampoco animaba el asunto.

Con qu6 ansia aguardaba yo los d6as en que deb6a acompa6arle. Lo que yo sufr6a esperandolo y la de veces que miraba por la ventana de la tienda para ver si llegaba, y lo que yo me sonrojaba cuando ve6a la sonrisa que ocultaban mis familiares.

* * *

Varios meses despu6s de su muerte, un cliente tras ser atendido por mi padre se acerc6 y me dijo:

—Ma6ana me gustar6a verle; desear6a que llevase un mensaje.

Por Al6... cuantas veces hab6a so6ado con ese momento, con recibir el honor de un encargo, tantas veces me hab6a visto entregando un mensaje que en mis sue6os ya lo hab6a preparado, repasado y ensayado, ¿qu6 palabras usar6a? y qu6 tono emplear6a. Qu6 claro estaba que yo siempre hab6a deseado seguir su camino, pero nunca me

había atrevido a decir lo que tan evidente era, que quería ser como él y seguir sus pasos.

Tuve que apoyarme sobre el mostrador, estaba temblando de emoción. Le dije que por la mañana me iba bien, que disponía de un rato. ¿Ay! A las tres de la mañana hubiese ido y en ropa interior, si así me lo hubiese pedido.

No me atreví a mirar a mi padre que lo había escuchado pero ¿cuánto le agradecí?, cuando más tarde le dije a mi madre que al día siguiente viniere un rato a la tienda ya que yo estaría ausente. Qué gran hombre fue mi padre.

Sólo una vez me hizo un reproche al respecto de mi afición; ocurrió al perder un cliente al no estar yo en mi puesto. Le dije que lo sentía, que ya hacía horas extras todos los días para compensar, pero que no podría vivir sin la satisfacción, gratificación y humanidad de mis salidas. Se levantó de la mesa me abrazó y besó. Lo siento hijo me dijo, he tenido un mal día y lo has pagado tú.

* * *

Soy un hombre muy rico dijo mientras comenzábamos el paseo, tengo pocos amigos y

múcho trabájo y ha llegádo ése tiémpo en mi vída en que deséo compañía.

He examinádo en mis memórias con quién desearía unír mi vída y sé que a mi edád, nádie se casará conmígo por amór, deséo o símple atracción.

No téngo ningún repáro ni vergüénza en entenderlo así y quiéro atrevérme a ofrecérle a ésa mújer (sin engáños) úna propuésta en términos de seguridad, caríño, prestígio y dinéro, ya que por su elegáncia, inteligéncia y bondád probáda, meréce múcho más que yo.

Soy ríco repitió, féo y póco interesánte en lo físico como hómbré, péro honrádo y fiél en tódo lo que me comprométo.

Mi vída ha transcurrído me decía miéntas bebíamos un chocoláte, solucionándo problémas que me deján dinéro, sólo pára creárme ótros que me dan todavía más dinéro. No téngo familia y tódo lo que téngo de élla sería.

Estábamos ya de regréso en su cása cuando extendió encíma de la mésa únas monédas las cuales envolvió en úna téla.

En el instante en que yo lo estaba recogiendo, de un cajón de madera sacó una bolsa de piel y la depositó sobre la mesa. Por el ruido metálico que hizo y lo plana que quedó sería de gran valor y peso.

—Tómela me dijo.

—Con lo que ya me ha dado, tengo todo lo necesario.

—Las monedas son por el mensaje y esto es; porque en verdad quiero casarme.

Me miró con tal súplica... me cogió de las manos mientras las cerraba alrededor de la bolsa que no supe qué decir.

¡Quiero casarme!

Nunca nos había pasado nada igual mientras andaba con mi maestro. Me estaba pagando por un mensaje pero esta bolsa no sabía para qué era, ¿qué servicio se esperaba por ella?

¿Por qué cogí el dinero?, ¿péro de qué me arrepiento si él, sin pedírselo me lo dába?, no había trampa... péro ¿por qué cogí el dinero?

El mensáje no lo lléve al día siguiénte ni al ótro. No estába lísto. Qué difícil fué preparárme pára llevár mi primér mensáje.

* * *

Me presenté en cása de la destinatária y comencé con un símple y cláro...

—Un amígo súyo... le envía un mensáje.

Me hizo pasár a la sála en dónde sóbre la mésa se encontrába un líbro abiérto.

Debía habér terminádo de tomár café ya que había úna táza vacía y no hizo el gésto de ofrecérme úno.

Los priméros instántes de la entréga de un mensáje «usted lo debe suponér» son los más difíciles, es cuando se ve si hay que comenzár por las rámas o ir dirécto al gráno y sóbre tódo, ver de qué manéra está dispuésta la persóna a recibírlo de un trasmisór de mensájes.

El que me envía que la conóce y aprécia, me ha pedido a cáusa de su timidéz que se lo díga yo en persóna y no mediante cárta.

Tomó la táza e hizo el gésto de bebér cómo si algo de café quedáse.

Él ya sábe que usted lo sábe. Por la miráda que me ofrecía quedába cláro que el nómbre de la persóna éra evidénte y tal como sospeché, el mométo del desinterés llegaría ya que no podía ver cómo úna situación así se pudiése resolvér.

Y el desinterés llegó, no al dárle el nómbre, ni al planteárle la proposición de matrimónio, síno por el énfasis en lo del dinéro. Ésta indiferéncia quedó bién reflejada en la posición que élla había tomádo en su sílla, en lo bién marcádo que lo tenía en sus ójos y el sentimiéto de fracáso tan palpáble que yo tenía en mi ménte.

Nos dímos un tiémpo pára pensár y élla, como pára preparárme y suavizár la respuésta negativa que prónto vendría me explicó algo de su vida.

Soy póbre me díjo y lo peór, venída a ménos, porque téngo los recuérdos de lo que túve y perdí y

el dinero si bien lo necesito, es menos importante que el cariño y los buenos sentimientos.

El que le envía a usted, cumples con casi todos los requisitos que mi condición pueda exigir, ya que yo no puedo esperar más, ni él por dignidad puede pedir menos y la oferta es única, pero...

Pero... dije yo ante la palabra fatal: ustedes tienen cosas en común; cuando le dejé estaba hojeando un libro de mariposas lo mismo que usted; levantó los ojos, me miró con simpatía, abanicó su cara y me volvió a mirar, casi, casi con admiración.

—¿Quiere usted tomar un café?

Cuando acabé la visita y salí de su casa, mi mundo se había hundido, no había ningún libro en casa del que me enviaba, las reglas de mi trabajo como mensajero no se habían respetado, había mentido... podía cambiar las palabras, el tiempo, el énfasis pero no el mensaje... ni la verdad, ¿cómo es posible que tan sólo en mi primer encargo pudiese haber llegado tan bajo?

Reflexioné «Qué falso eres mensajero...» ¿por qué motivo lo hiciste, por qué mentí? el motivo es

que lo híce por dinéero... no, no, ¿por conseguir un éxito en mi primér mensáje?, tal vez; séa lo que fuése, había cambiádo las réglas, porque había aceptádo el dinéero por algo más de lo que éra hacér mi trabájo, había hécho algo en mi beneficio y no por llevár un mensáje.

Había mentído, algo que yo no había deseádo, había traicionádo al ofició, a mi maéstro y a mi mismo.

¿Por Alá, qué había hécho, por qué había aceptádo el dinéero? Ésa bólsa me había obligádo a hacér algo más que sólo cumplír con mi debér de entregár un mensáje.

* * *

Me sentía un fracasádo, sabía que núnca llegaría a la altúra del mensajéro, así, híce algún trabájo más cuándo no podía evitarlo o ya estába apalabrádo. Náda importánte.

El día en que recibí la invitación a su bóda me acerqué a la ventána de la tiénda y retiré el letréro de «Se llévan mensájes», lo tiré a la basúra, mi pádre me miró y se fué a atendér a un cliénte en ótra páрте.

Fuí a buscár las monédas y la bólsa del dinéro y désde el puénte los tiré al río.

* * *

Han pasádo años, mis pádres han muérto.

Al atardecér y cuando ya no hay cliéntes, me acérco a la ventána esperándo ver a mi maéstro. Mi refléjo oscúro en el vídrio paréce que es él, que con su tráje négro, viéjo y brillante de tántas véces laváerlo me viéne a recogér.

Siémpre me prométo decírle lo que núnca le díje, que le quíse, admíro y añóro múcho, péro que no sé con quien enviárle un mensáje tan símple como éste.

* * *

Núnca pensé que mi vída pudiése dar un gíro tan dramático y total a la mezquína monotonía en que me vi reducido, después de mi fracáso como Trasmisór. Ni creí volvér a reiniciár éste ofício compaginándolo con el de [maríno](#), tódo grácias a un amígo y capitán de un bárco que comerciába con la Ísla de los Leprósos.

* * *